

Introducción

La vida y la obra de Javier Aguirre Iturralde se sitúan en la denominada edad de plata de la cultura española, marcada por el naturalismo cultural propio del periodo histórico conocido como la Restauración borbónica (1875-1931). Se le puede encuadrar, por su nacimiento en la segunda mitad del siglo XIX, dentro de la generación de 1900, uno de los periodos más brillantes de la arquitectura española, marcado por el eclecticismo finisecular, su canto de cisne en los modernismos y la lenta implantación de la corriente funcional y racionalista.

El arquitecto donostiarra se caracterizó por sus novedosos diseños de plazas y paseos cubiertos de hierro y cristal, su sensibilidad social frente a equipamientos como hospitales, escuelas, casas baratas o presidios, y su pericia técnica en sus proyectos de infraestructuras públicas y planes de urbanización. Debido a todo ello, representó una figura capital durante dieciséis años en la modernización de la capital del Principado y de la región asturiana al servicio de su Diputación Provincial y, a lo largo de cerca de cuarenta años, en la transformación de Vitoria a disposición del Consistorio.

No tuvo excesiva suerte en la conservación de sus edificios y la justa valoración de los mismos, a excepción de unos pocos ejemplos que sí merecieron estudios más detallados. Ello se debió a tres razones fundamentales: en primer lugar, su dimisión en 1893 del cargo como arquitecto de la Diputación de Asturias, que ostentaba desde 1887, con la interrupción de varios proyectos en marcha; en segundo lugar, la desaparición de varias de sus obras emblemáticas; y, finalmente, la austeridad de sus propuestas, no siempre bien comprendidas, frente al deslumbrante modernismo del momento.

El Mercado del 19 de Octubre para el Fontán, la Cárcel Correccional del Naranco o la Casa Masaveu en Cimadevilla, todas estas obras en Oviedo, bastarían para encuadrarlo entre los máximos representantes de la arquitectura española de entresiglos. Contribuyó a introducir la arquitectura del hierro en el norte peninsular y siempre se movió dentro de una línea racionalista, patente en las prolijas memorias acompañadas de sus minuciosos planos. La guerra y la piqueta destruyeron dos obras cumbres, como fueron el Hospital de Llamaquique (1882) o la plaza de abastos de Vitoria (1887).

Algunas de sus obras cuentan con excelentes trabajos monográficos, como el Mercado del 19 de Octubre, la Casa Masaveu o el kiosco de música del ensanche de Irún, y

una parte de sus planos han sido objeto de atinados análisis, por citar algunos ejemplos. Pero faltaba un estudio de conjunto y matizar afirmaciones un tanto imprecisas. Javier Aguirre, en su puesto de arquitecto provincial, y Juan Miguel de la Guardia, desde el municipio, fueron dos figuras esenciales de la modernidad asturiana, con una contribución decisiva del primero al desarrollo de la capital alavesa.

Como fuentes para abordar su biografía y el desarrollo de su profesión, se pueden señalar las siguientes: las pormenorizadas memorias que acompañan a los expedientes de sus encargos, que reflejan la necesidad de su realización, además del enfoque ideológico y profesional con que se abordan; los planos de sus proyectos, que con el paso del tiempo ganan en calidad, extensión y riqueza de tintas, con sus soportes de papel vegetal o tela; las fotografías antiguas, las noticias de la prensa escrita o la correspondencia con compañías como Asturiana de Zinc.

Toda investigación, como la vida misma, recorre un camino plagado de aciertos y errores. Podemos comparar su tarea con los peldaños de una escalera, donde las huellas representan la profundidad de los hallazgos, y las contrahuellas o saltos en altura, los posibles fallos. Precisamente, la existencia y revisión de estos últimos representa un elemento básico para proseguir en el avance del conocimiento, escalando a nuevas cimas del saber. Una labor que en definitiva no se cierra categóricamente sobre sí misma, al encontrarse siempre abierta a nuevas hipótesis e incorporación de datos.

La arquitectura de Javier Aguirre, dentro de la generación de 1900, su huella en Asturias y el País Vasco, el marco histórico-cultural que la rodea, la importancia que en su actividad profesional tuvo la arquitectura del hierro, el análisis del detalle de sus proyectos de titularidad estatal y carácter privado como obras públicas, edificios civiles, religiosos, cementerios o mobiliario urbano, por citar algunas de sus realizaciones, además de una valoración final, son algunos de los eslabones del presente estudio que se abre a futuras contribuciones y al disfrute del lector.